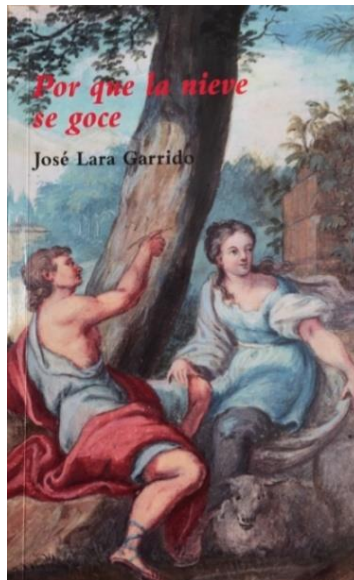


José Lara Garrido, *Por que la nieve se goce*, colección “Una promesa de morir amando”, dirigida por José J. Labrador & Ralph DiFranco, Moalde (Pontevedra), Cancioneros Castellanos, 2018, 145 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.XXXIV-XL>

POR QUE LA NIEVE SE GOCE:
UCRONÍA DE LA CONSAGRACIÓN PLENA DEL AMOR



Por que la nieve se goce es el segundo poemario que publica José Lara Garrido, filólogo, amante de la palabra, pero, sobre todo y ante todo, poeta. Y subrayo ahora el adjetivo ordinal *segundo* porque, en este caso en concreto, es importante recordar que hubo, asimismo, en el pasado año un lúcido primer poemario —tan bien acogido, a la sazón, por la crítica literaria que lo leyó y por quienes tuvieron el privilegio de asistir a su presentación—: el *Cancionero del amor frutivo* (Cancioneros Castellanos, 2018). Y es que ambos forman, inequívocamente, parte y

parte —con su elipsis lírica— de una misma y maravillosa historia, en la cual el orden de los factores no alterará el valor del producto.

El primogénito, haciendo gala de un petrarquismo sustancial y renovado; consonando, entre otros, los ecos de Rilke; desvelaba, poco a poco, el tránsito del yo amante, en su raíz de *Canzoniere*, desde su soledad abisal hasta el enamoramiento más sincero, absoluto, y hasta el comienzo soñado de una entrega pautada por el Petrarca de la canción de las visiones. Este segundo atrevimiento, empero, de factura antipetrarquista —o de realismo lucreciano—, da cuenta fidedigna de la consecución definitiva, de la maduración y, por ende, de la consagración plena de ese amor. Por ello, el Eros aparece siempre reflejado en la carne —catalizador incuestionable del espíritu—, reflejado en el ritmo y en el rito sexual.

Crear, acaso, que los ejecutores legítimos de la peripecia son los amantes supondría un grave, aunque lógico, error —ellos vienen a ser mero instrumento amoroso—, puesto que, en realidad, el centro neurálgico del poemario es, de manera clara y contundente, el propio amor; el Eros, puro, único, mayúsculo, multidimensional, redimensionado. Me inclino a pensar que uno de los aportes de mayor interés de *Por que la nieve se goce* es, precisamente, el polimorfismo sorprendente que va adoptando, a voluntad, el amor en la andadura de cada poema en aras de mostrar su total plenitud. Me dispongo a deslindar las distintas metáforas que engarzan el libro, en una cadena metafórica que se cierra a sí misma.

Debo aclarar que la ordenación que subsigue pertenece, solo, a mi discurso personal, ya que en este cancionero erótico, que consta de seis bloques, funcionan de modo simultáneo y no secuencial, en todo momento, los eslabones metafóricos que acotaré a continuación. En primera instancia, nos encontramos con el siguiente eslabón metafórico palpante: el Eros es geografía, una geografía corpórea y oculta que, en cambio, espera ser descubierta por quien tenga el valor de adentrarse en sus profundidades. En los compases iniciales —esto es, en los once sonetos que hacen las veces de preludeo, antecedendo un buen número de motivos vertebradores del conjunto—, ya sabemos que es, el amor, “Mapa del cosmos, fiel abreviatura / de las constelaciones, geografía / de estrellas y planetas en que fía / quien navega su norte [...]”, lo cual delata ora la refracción palpable de ese *algo* superior y nos lleva hasta el pórtico, en los tercetos, de uno de los conmutadores tradicionales de los que se ha valido la literatura sexual —explícita— para evocar, a escondidas, los órganos sexuales y el coito: “[...] selva clara / donde la curvatura se despliega //

por montes y por valles, y se exulta / entresoñada [...]", cosa que se irá haciendo más y más implícita, mas nunca pornográfica.

Aquí y en los otros eslabones metafóricos sucesivos de la cadena, no basta al poeta la simple formulación de la metáfora en sí —con frecuencia no resulta siquiera necesaria—, sino que este procede con gran voluntad creativa y saca el mayor provecho de ella y, por tanto, despliega al completo el imaginario traslaticio consecuente. José Lara Garrido nos transporta, en su caleidoscópico albedrío, por los paisajes somáticos, los cuales se van disfrazando bajo nuestros ojos de paisajes naturales, "[...] y al estallar volcán, nutre de enteros / escalofríos que a la carne es sorda / convulsión que en estrellas se anonada". Al igual que nos ofrece la llama de la pasión ardiente, también nos concede, en su escritura, sin esconderlos, cuantos fluidos humanos condensados en agua, ya sea con las corrientes que surcan palmo a palmo la epidermis: "[...] torrentera / donde ríos de fuego sin frontera / galopan en la piel [...]"; ya sea con los mares que emanan recrecidos desde la cuenca de la boca.

En segunda instancia, el Eros es arquitectura a causa de su milimétrica perfección: "Naciste piel, amor, y en su frontera / te dio perfil exacto, encarnadura, / despliegue de divina arquitectura / con razones florales por tu esfera [...]"; "Arquitectura en labios prodigiosa / que llaman a otros labios [...]". Y, para construir la arquitectura amorosa, el vate acude, incluso, a las fuentes materiales de la Grecia clásica, trayendo a colación los diversos y armónicos estilos helénicos —y un algo de mitología gracias a sus esculturas—: "[...] de vertical sustento y basamento / al cuerpo de cariátide que copia, / con abstracción precisa y sucesiva; / lo dórico, lo jónico y corintio", todos los cuales se dan oportuna cita en el cuerpo de la amada, y no por frágil idealización áurea del amante, sino por enaltecimiento real del propio amor que a una y a otro los sublima. Además, actúa, complementariamente, otro elemento arquitectónico esencial, el equilibrio, el cual Lara Garrido no ha olvidado arrastrar a su mundo lírico para apuntalarlo con seguridad y dirigirlo después hacia la justa dirección: "[...] se reúnen diez puntos cardinales / donde se tocan los dos altos montes, / ejes del equilibrio y la mirada".

En tercera instancia, descubrimos otro eslabón que afecta al macrocosmos de la obra: el Eros es siempre música y, como tal, suena y resuena por los versos, combinándose con más imágenes y más sonidos —en la forma clásica pero renovada y en el contenido, dos polos indisociables, y más aún en esta parte del poemario— durante su melódica cadencia en "El pie calza en lazos de oro (homenaje a don Luis

de Góngora)”: “Con el primer avance, un movimiento / de azucenas en olas, pura música / de fugas que en armónicos descansa [...]”; desplegando una amplia colección de términos provenientes del lenguaje musical que transfiguran los humanos gemidos: “Sincopado se nutre ya el aliento / con pálpitos que corren [...]”. Leyendo “Los dados oscuros: Eros fetichista”, se percibe que cada roce, con la mano o aun con el pie, extremidad fetichista —y un ser fetichista, se sugiere, es, asimismo, cualquier poeta—, se convierte en una nueva nota musical, tocada e inventada en la recreación del poema de Góngora que bautizó *Por que la nieve se goce*: “El pie desliza su pulsión secreta / de escaparate del amor y escala / —cinco grados de notas musicales— / al fondo acogedor de la sandalia [...]”. ¿Pero por qué la música? Quizá porque, ante todo, la poesía es música y no podremos despojarla jamás de ella; quizá porque los cuerpos se tocan, se entregan mutuamente y se poseen de veras solo si los espíritus de ambos se han acordado y han concordado, liberándose del sufrimiento y del vacío anterior.

Cabe citar, todavía, de la extensa cadena metafórica, dos metáforas, dos eslabones más, en lo tocante al amor, que guiarán al aventurado lector en su periplo por este cancionero erótico. La primera se resume, con facilidad, así: el Eros es un jardín, el cual demanda atención, afecto y cuidado. Se comprende, por ello, la alta, variada y colorida presencia floral que el poeta va sembrando en las páginas del volumen, “[...] y por ella las almas frutecidas / desde sus terciopelos de azucenas, / corazones de nardo y de claveles, / y comisuras en que liban mieles / estambres y pistilos, se adormecen / en la cama de campo de los cuerpos / a los que dan su signo y su ventura”. Por otro lado, dicha imagen se desarrolla por metonimia y, si el amor es, en efecto, un jardín, la amada también es un fructífero jardín en el que reposar y el amante se transforma, en consecuencia, en jardinero, con objeto de configurar juntos un vergel de ascendencia edénica: “Tú serás mi jardín, yo el jardinero / que cultive fructíferos bancales / de tu hermosura grácil sin cansarme, / disfrutando tus sombras, y esa herida / complaciente y feraz que da a tu cuerpo / fulgor del paraíso que me habita, / y es mi norte eternal y mi destino”. Pero las metáforas, insisto, no funcionan sueltas, sino imbricadas en un haz de vida natural y vegetal. Aporto, ejemplificando, un pasaje de “Presentimientos del Eros”.

La segunda de las dos restantes es la que enuncio a continuación, sin creación adánica del amor: el Eros es barro —prometeico en su origen— y, por consiguiente, posee la capacidad de ser moldeado o modelado en pactos de sensualidad sostenida: “[...] los dedos que surcan y maceran / su

arcilla divinal, su contextura / entre estaño lunar y frágil barro”. Necesariamente, ha de haber alguien que conozca el deleite por oficio, y este *alguien* son, en *Por que la nieve se goce*, los dos amantes, que han trasegado y errado previamente en su experimentado discurrir vital y, por ende, han aprendido la enseñanza que les permite acertar, por fin, en sus acciones y decisiones. El barro, con reminiscencia trascendental, entronca con la que, a mi juicio, es la segunda clave de lectura del poemario: para José Lara Garrido, poeta genuino del amor que ha conseguido abandonar su pudor inicial a mostrarse ante el público como tal, no es posible el sexo sin sentimiento, sin emoción, y viceversa.

Aquel amor de cariz platónico —en el sentido de idealizado e idealizante, perseguidor de la Belleza superior— que empezó a rodar en el *Cancionero del amor fruitivo* culmina y se consume justo aquí, en este punto. Si el primer libro de Lara Garrido se situaba en el mundo de las Ideas amorosas, este segundo nos hace contemplar la materialización y la encarnación, poderosamente atrevida, de esas mismas Ideas en el mundo terreno. Se me antoja, a la sazón, este fenómeno una suerte de mística moderna, evolucionada, desinhibida y transversal, con conexiones desde fray Juan de la Cruz hasta nuestros días. El primer paso que marcaba la tradición era, por supuesto, dejar de ser uno mismo; perder la consciencia y el cuidado del yo; perderse, en la contradicción de la existencia, para confundirse en la unión con el otro y luego aletear en confusión angélica y carnal hacia la nada: “[...] es descubrir que empiezas donde acabas, / iluminado polvo en la frontera / del ser y del no ser en la alborada”. Cuando se ha logrado, con éxito, la comunión con el otro ser, “[...] otorgando firmeza y desconsuelo / al ser uno por siempre y para siempre [...]”, y la disolución en la nada —camino del todo—, el siguiente paso exigido habría de ser la fusión con la divinidad, patente en estos versos, y no por casualidad, gracias a la consagración del amor carnal, del barro, que es el polvo enamorado desde el origen de los amantes a manos de Prometeo y que cristaliza en “Teoría de la piel”.

Alcanzan, al fin, desembarazarse de la piel, “[...] la verdadera / vestimenta del ser [...]”, mediante el dominio y la extinción incansables de la propia piel, profundizando en los misticismos de la carne: “Botón leve de prieta encarnadura / culminando de Venus el tramonte [...]”. De este modo, apunta Lara Garrido —y pronto acudirá a nuestra mente Blas de Otero—, la fiera humana se metamorfosea en ángel; la criatura salvaje se eleva y se atreve a asumir el papel y las capacidades correspondientes a su Creador primitivo, penetrando lo absoluto: “[...] pincel casi divino, que

en liturgia / de demiúrgico sueño las recrea”. Y, desde entonces y en adelante, la amada, hermanando las cualidades y calidades de cancionero neopetrarquista —con algún que otro recurso localizado, con acierto, por Gaspar Garrote Bernal, en su espléndido y preciso prólogo al libro, a Garcilaso o a Aldana, dos de los poetas más queridos del autor de *Por que la nieve se goce*— y las de nuevo testimonio místico, será ya una presencia fuerte, perenne y revitalizante incluso en la tristeza de las ausencias: “Tú eres presencia, amor, presencia plena / aunque estés lejos; oigo tus palabras / y palpita mi pecho y se acelera / el pulso por mis sienas [...]”.

De otra parte, el vate malacitano recurre, con pulcra elegancia, a algunos de los *loci* más fértiles de la experiencia mística; por ejemplo, la dialéctica entre la amada y el amado, o el despliegue del plano alegórico de la cetrería —en otra serie de fragmentos, en cambio, se ampara en la cinegética, que nos remite al inicio del llamado “Cántico espiritual”—, o la alusión desgarrada a la herida, pues el amor —y la muerte, como recordaba Antonio Gala en una de las *Trece noches* con Jesús Quintero— son dos de los rostros de Dios: “Cuanto en sueños de amor es el alcance / de amado con amada, arrullo en vilo, / gemir de las palomas en zureo, / vuelo en altura del halcón que sigue / ascendiendo, girando y raudamente / cayendo en vertical sobre la garza / que hiere y es herida en un presente [...]”. Estas aves son, en cierta medida, plausible trasunto del recurrente mito platónico del andrógino —vocablo que se repite, en el texto, hasta en tres ocasiones—: “Se acompasa el reloj con corazones / desbordados y heridos de añoranza / por la unidad perdida, el fiel anclaje / que reclaman ahora al conocerse / como la otra mitad, la verdadera / parte que en el jardín de las delicias / pondrá perfil exacto a cada sueño”. Sin embargo, conviene advertir que esa fusión anhelante está cargada no solo de nostalgia, sino también de dolor, del dolorido sentir extático; pero al final la luz interior y la esperanza sí logran vencer toda oscuridad en las estrofas de esta extraordinaria ucronía, donde y cuando se consagra plenamente el amor.

Por que la nieve se goce no es una virtuosa *imitatio* de la lírica del Siglo de Oro, sino una renovación total de la tradición anterior, a causa de su amplia variedad formal y a causa de su original arquitectura en cuanto al sentido del libro. Y de ello se deduce una innovación consciente, en la que sus poemas pasan ya a pertenecer a un ámbito inasible por atemporal. Siguiendo la consigna humanística, ha logrado José Lara Garrido, al emular la poética de los clásicos del Eros, su reversión y su superación, regalándonos, en la fijación de una historia personal, este nuevo tratado

amoroso. En definitiva, *Por que la nieve se goce* está llamado a convertirse, por todas las razones expuestas hasta ahora, en uno de los grandes cantos al Eros cumplido, en una de las grandes obras eróticas, sin duda, de nuestra literatura y de nuestro siglo.

PEDRO J. PLAZA GONZÁLEZ
Universidad de Málaga (España)
pjplazagonza@uma.es